

Dialéctica y Pensamiento Crítico

José Ramón Fabelo Corzo

Si algo merece mucho la pena celebrar hoy, cuando Dialéctica llega a su 30 aniversario, es su capacidad permanente para pulsar lo mejor del pensamiento crítico de cada etapa por la que ha pasado. Fiel a aquella sentencia clásica de una filosofía y un pensamiento social como «crítica radical de todo lo existente», la revista ha sabido al mismo tiempo conservar clarividencia sobre el horizonte de sentido desde donde habría de realizarse la crítica que sus páginas albergaba.

El rigor teórico que la ha acompañado no ha sido mella para su compromiso con la praxis liberadora en sus más variadas manifestaciones. Ha sido dinámica, abierta en todo momento a los nuevos signos epocales, pero al mismo tiempo capaz de no cejar ante modismos intelectuales que dieran al traste con el designio que le dio origen. Distintas coyunturas institucionales, nacionales e internacionales parecieron en su momento confabularse como obstáculos insalvables para mantener vivo aquel proyecto que, no obstante, supo resistir y sobrevivir sin renunciar a la fisonomía que siempre lo ha caracterizado.

El principal desafío que hoy enfrenta Dialéctica sigue siendo el mismo, su destino continúa asociado al del pensamiento crítico. Y éste, a su vez, necesita una reevaluación permanente acorde a su propia naturaleza. La celebración del 30 aniversario de Dialéctica constituye, pues, una excelente ocasión para reflexionar sobre la situación actual y perspectivas del pensamiento crítico, lo cual –ha de reconocerse– entraña una tarea sumamente difícil. Se trata del intento de captar y proyectar a futuro un complejísimo fenómeno espiri-tual contemporáneo, nada homogéneo y en permanente convulsión.

Tal propósito, si bien necesario, sobrepasa con mucho las posibilidades de una ponencia. Más que presentar un cuadro abarcador de ambos aspectos, es nuestra intención aquí ofrecer algunas reflexiones sobre ciertos principios generales que, a nuestro juicio, han de caracterizar al pensamiento crítico en las circunstancias actuales. Se trata de irnos acercando a una especie de «deber ser» que contribuya a la delimitación –flexible y movable, si se quiere, pero delimitación al fin– de qué debe o no ser el pensamiento crítico hoy y que al mismo tiempo pueda –como resultado de la aportación colectiva– ofrecer a Dialéctica una propuesta de criterio de selección para su trabajo futuro.

Por supuesto que no estamos pensando en principios que en su totalidad se cumplan en todos y cada uno de los trabajos que la revista aloje. Pueden éstos, individualmente, estar recargados hacia un principio u otro, pero ello no es óbice para que en sentido integral Dialéctica trate de que todos ellos de alguna manera se reflejen en sus páginas. Tampoco se trata hay que decirlo en alta voz– de criterios realmente nuevos, sino de los mismos que han acompañado tal vez de manera no siempre explícita el trabajo de esta prestigiosa publicación durante tres décadas y que hoy requieren, sencillamente, de la actualización necesaria acorde a las cambiantes circunstancias que nos rodean.

Uno de esos principios consiste en la necesaria relación de continuidad y renovación que el pensamiento crítico de hoy debe guardar con el pensamiento crítico anterior. Si algo ha de caracterizar la producción intelectual de este signo es su constante vinculación con la vida social. Y ésta representa un continuum que, a pesar de saltos y bruscos giros, permanentemente nace de las potencialidades albergadas en sus estados previos. No hay razones para pensar que ello no deba ocurrir también a nivel de la producción intelectual. El pensamiento crítico precedente – incluido el marxismo- no ha de ser concebido con un valor exclusivamente museístico. La recurrencia a Marx, a los marxistas de diferentes etapas y al pensamiento radical de distintos signos es más que un asunto historiográfico, es una necesidad de una producción teórica que no puede nacer del vacío, que no debe ser totalmente ajena a los paradigmas de pensamiento crítico anterior y que debe reconocer sus raíces históricas. Al mismo tiempo, si bien aquel pensamiento no debe ser asumido como fósil inanimado, tampoco ha de aspirarse a encontrar en él las recetas definitivas para la solución de los problemas actuales. Bajo la impronta de los nuevos y complejos dictados prácticos y con el auxilio de lo mejor de la producción teórica contemporánea, el pensamiento crítico, para no dejar de serlo, debe aspirar a una permanente renovación que dé cuenta de las cambiantes circunstancias que lo rodean y que le permita continuar sirviendo como instrumento para su comprensión y transformación.

Como un segundo principio –aclaremos que el orden en que aquí son presentados los principios no guarda relación alguna con una estructura de prioridades-, cabe señalar la necesaria combinación en el pensamiento crítico de la conservación de un horizonte anti-capitalista con la amplitud de miras sobre las posibilidades prácticas inmediatas de la izquierda.

Del pensamiento crítico del que aquí hablamos –vale la pena reafirmarlo- es aquel que sigue estando comprometido con el irrenunciable proyecto de emancipación humana. No se trata de la crítica por la crítica misma, no es la búsqueda abstracta de una desconstrucción que no sea acompañada del reconocimiento de la posibilidad y necesidad de una reconstrucción, no entraña un efecto desmovilizador, sino, por el contrario, su conversión en instrumento de transformación revolucionaria de la realidad. El sentido práctico que este tipo de crítica ha de poseer obliga a tener en cuenta el «desde dónde» se realiza y el «hacia dónde» conduce.

Es inesquivable aquí, por tanto, el asunto de partir de determinado proyecto de sociedad, ideal, utópico si se quiere, pero que funcione como cierta plataforma programática desde la que ha de realizarse la crítica. Al mismo tiempo, para que esa crítica no se quede en pura abstracción, ella debe realísticamente intentar descubrir las posibilidades inmediatas de la sociedad de acercarse, aunque sea mínimamente, a ese ideal. En lo referido al proyecto de sociedad a largo plazo, en lo atenido a su horizonte más lejano, no parece posible pensar en otro que en una sociedad poscapitalista, con todas las indefiniciones que ahora esa imagen conceptual pueda tener. Hablamos aquí de un poscapitalismo no en un sentido teleológico, no como resultado ineluctable de la historia, sino por la imposibilidad, cada vez más puesta de manifiesto, de que el modelo de sociedad actual siga albergando a su interior siquiera la esperanza de un destino humano.

La agudización de los problemas globales de la que hoy somos testigos levanta la certeza sobre la incompatibilidad tendencial del capitalismo con la vida. La humanidad del futuro tendrá que ser diferente o no será. Esa perspectiva no puede ser obviada por el pensamiento crítico que, al mismo tiempo, ha de reconocer y estimular, en las circunstancias actuales, toda tendencia, por disímil que sea, que favorezca cual quier minúsculo paso que pueda darse en esa dirección. No hay un camino prediseñado para ello, no hay una sola vía, no es siempre probable el salto que de una vez nos coloque a las puertas de este propósito. Por eso es necesaria una actitud abierta que le dé espacio a las más diversas perspectivas, que permita la interacción entre ellas, que las convoque a reforzarse mutuamente.

Hoy en el mundo existen innumerables movimientos socio-políticos que pueden, cada cual, incorporar su propio ingrediente en el cumplimiento de esta exigencia global; no es lo más importante ahora que la perspectiva desde la que lo hagan sea todavía insuficientemente anti-sistémica, lo que interesa es la movilidad misma que generan, la ruptura de la inercia, la paulatina corrosión que, se tenga o no conciencia de ello, se viene realizando de las bases del sistema.

Muy asociado al principio anterior y como desprendido del mismo, está el de la sensibilidad permanente que el pensamiento crítico debe mostrar en relación con las multivariadas formas de manifestación de los movimientos sociales alternativos.

No se trata de caer en el extremo, a veces constatable en ciertas propuestas teóricas, de anular el papel del intelectual o diluirlo en el pensamiento directamente incrustado en la praxis social. Sin perder su nexo con la vida, la labor teórica, el trabajo académico, sigue cumpliendo una importante función de integración y coordinación en relación con las exigencias derivadas de la propia praxis alternativa en sus múltiples expresiones. Pero ello no niega la posibilidad, siempre latente, de que el pensamiento que pretende ser crítico se olvide de las principales fuentes que han de nutrirlo y levante excesivamente su vuelo especulativo hasta perder todo contacto con el mundo real que ha de contribuir a transformar. Es cierto que, como decía un marxista hoy ya casi olvidado, «no hay nada más práctico que una buena teoría», pero eso siempre que esta última no soslaye su verdadero origen y destino. En comparación con etapas pasadas, el pensamiento crítico de hoy debe mostrar más humildad en relación con los saberes emanados directamente de la praxis, debe reconocerles su valía, debe aceptarlos como una de sus más importantes fuentes nutricias.

Un cuarto principio que parece ser necesario cumplir por el pensamiento crítico es el de una adecuada conexión entre el legado propio del contexto en que se produce y los conocimientos universales venidos desde cualquier otra parte. Un pensador paradigmáticamente crítico, cual fue el caso de José Martí, decía refiriéndose a la relación que Nuestra América debería asumir con respecto al resto del universo: «injértese el mundo en nuestras repúblicas, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas». Ciertamente, como cualquier otro pensamiento, el crítico está marcado definitivamente por el lugar de su enunciación.

Ello es insoslayable aun cuando se pretenda lo contrario. Pero a diferencia de una buena parte del pensamiento no-crítico, el otro, el crítico, debe asumir conscientemente esa circunstancia si nos atenemos, una vez más, a sus estrechos vínculos con la praxis. La praxis es siempre concreta, se realiza en tiempo y espacio específicos, aun cuando contenga a su interior no pocos atributos universales.

El pensamiento crítico que se fomenta desde América Latina debe superar cierto exacerbado eurocentrismo que a veces lo ha caracterizado; estar abierto, eso sí, a cualquier aporte sustancial originado en otros contextos, pero sin perder de vista el prisma propio a través del cual aquel aporte necesariamente ha de refractarse. No es la globalización actual pretexto suficiente para no hacerlo.

Más allá de las asimetrías que hoy lo caracterizan, lo global nunca logrará deshacer del todo a lo local y propio y sólo podrá existir a través de sus manifestaciones particulares y concretas. En consonancia con ello, el pensamiento crítico ha de sentirse heredero también del legado y los aportes del pensamiento que se ha producido y se produce en su propio contexto, buscando en él no sólo su capacidad heurística y sus fundamentos epistemológicos, sino también –y sobre todo- sus raíces sociales y sus potencialidades prácticas.

Un último principio al que deseamos hacer referencia es el de la necesidad que tiene el pensamiento crítico de no perder de vista el carácter sistémico, complejo y contradictorio de su objeto general de estudio, es decir de la sociedad y del ser humano. Por la naturaleza de su propia labor, el intelectual se ve muchas veces obligado a trabajar con conceptos, con abstracciones, a delimitar un campo específico de estudio y a separarlo del resto. La necesaria especialización impulsa a profundizar no siempre de manera pareja en determinados aspectos de la realidad, dejando al margen otros. La propia estratificación del conocimiento social lleva a cierta separación entre lo económico, lo sociológico, lo político, lo cultural, lo étnico, lo antropológico, lo biológico, psicológico, lo lingüístico, lo ético, lo estético. Ello, a su vez, no pocas veces ha conducido a sobredimensionar el papel de un determinado factor en la determinación de lo social y lo humano. Tal consecuencia es entendible en los marcos de un pensamiento desconectado de la realidad social y no interesado en su transformación, pero ha de evitarse en el caso del pensamiento crítico.

La realidad social, como diría Lukacs, constituye una totalidad concreta y, a la larga, como tal hay que tratarla. Ello presupone enfocar cualquier fenómeno social como las síntesis de múltiples determinaciones y no como el resultado exclusivo de un sólo factor. Cada elemento componente del organismo social desempeña una función específica en el sistema e interactúa con los otros elementos. El estudio aislado de un fenómeno, desconectado del todo al que pertenece, es válido siempre que no se ignore que éste es sólo un paso en el ascenso de lo abstracto a lo concreto. El fin del conocimiento promovido por el pensamiento crítico no pueden ser las abstracciones en sí mismas, a riesgo de que nunca retorne a la praxis o que vuelva a ella de manera tan desfigurada que le resulte inservible.

Como puede apreciarse, éstos y muchos otros principios que podrían agregarse, son en buena medida deducibles del propio método general que ha conducido siempre a lo mejor del pensamiento crítico y que en su momento le dio título a la revista que hoy nos convoca. Honremos, pues, a Dialéctica.

Relaciones de Dirección en Cuba. Sujetos sociales y fundamentación ideológica

Darío L. Machado Rodríguez

Debemos agradecer al esfuerzo conjunto del Instituto de Filosofía, la entrega del libro *Relaciones de dirección en Cuba. Sujetos sociales y fundamentación ideológica* que con la dirección de la Dra. Concepción Nieves Ayús, reunió el esfuerzo de un grupo de especialistas de este centro, de las universidades de La Habana y Matanzas y del Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente, para ofrecernos una obra acabada por su madurez e integralidad, y precisamente por ello abierta a posteriores desarrollos.

Este libro entra en el mundo de los textos de filosofía social, en un momento particularmente importante del desarrollo de la sociedad cubana, cuando se reclama como nunca antes de quienes tienen responsabilidades de dirección en cualquier plano de la actividad social del país, una concepción y una práctica que vinculen la ciencia de dirección con el arte de dirigir, la ética del dirigente con la estética de la dirección, pero también analiza el problema de la dirección desde «los dirigidos», elucidando importantes aspectos como el deber de participar, la disciplina, y otros. El libro nos ofrece una importante distinción entre dirección y liderazgo, que tiene valor metodológico para las investigaciones en este campo. La dirección como proceso no es un conjunto de relaciones arbitrarias, sino pautadas, la dirección tiene normas, reglas, niveles de decisión, su institucionalidad es más marcada en unos casos que en otros. El liderazgo, sostienen los autores, es expresión de una necesidad «interna», el liderazgo, por ejemplo, a nivel grupal, puede ser efímero, circunstancial y responder incluso a propósitos oportunistas. Los liderazgos son más estables en la medida en que su necesidad es socialmente más justificada. El estudio de la relación dirigentes – dirigidos tiene con esta entrega una base de valor metodológico para su continuación, algo que resulta imprescindible para una sociedad que se construye conscientemente y que necesita de una labor de seguimiento, de monitoreo de sus experiencias. Componente fundamental de ello es, sin duda, la temática de dirección, vista desde una perspectiva de empoderamiento consciente y creciente de los «dirigidos», que deben serlo cada vez más relativamente, si logramos que el socialismo marche en la dirección correcta, emancipadora.